

VARGAS LLOSA
LITUMA
EN LOS ANDES



En un campamento minero de las montañas del Perú, el cabo Lituma y su adjunto Tomás viven en un ambiente bárbaro y hostil, bajo la constante amenaza de los guerrilleros maoístas de Sendero Luminoso.

La indiscutible maestría de uno de los mejores novelistas contemporáneos en lengua española se hace patente en estas páginas, que constituyen un impresionante mosaico de situaciones humanas a las que sólo un escritor como Vargas Llosa podía dar tanto dramatismo y profundidad.

*A Beatriz de Moura, amiga queridísima,
editora ejemplar*

Cain's City built with Human Blood,
not Blood of Bulls and Goats.

WILLIAM BLAKE,
The Ghost of Abel

Primera parte

I

CUANDO VIO APARECER a la india en la puerta de la choza, Lituma adivinó lo que la mujer iba a decir. Y ella lo dijo, pero en quechua, mascullando y soltando un hilito de saliva por las comisuras de su boca sin dientes.

—¿Qué dice, Tomasito?

—No le entendí bien, mi cabo.

El guardia se dirigió a la recién llegada, en quechua también, indicándole con las manos que hablara despacio. La india repitió esos sonidos indiferenciables que a Lituma le hacían el efecto de una música bárbara. Se sintió, de pronto, muy nervioso.

—¿Qué anda diciendo?

—Se le ha perdido el marido —murmuró su adjunto—. Hace cuatro días, parece.

—Y ya van tres —balbuceó Lituma, sintiendo que la cara se le llenaba de sudor—. Puta madre.

—Qué vamos a hacer, pues, mi cabo.

—Tómale la declaración. —Un escalofrío subió y bajó por la espina dorsal de Lituma—. Que te cuente lo que sepa.

—Pero qué está pasando aquí —exclamó el guardia civil—. Primero el mudito, después el albino.

Ahora uno de los capataces de la carretera. No puede ser, pues, mi cabo.

No podía, pero pasaba, y por tercera vez. Lituma imaginó las caras inexpresivas, los ojitos glaciales con que lo observaría la gente de Naccos, los peones del campamento, los indios comuneros, cuando fuera a preguntarles si sabían

el paradero del marido de esta mujer y sintió el desconsuelo y la impotencia de las veces que intentó interrogarlos sobre los otros desaparecidos: cabezas negando, monosílabos, miradas huidizas, bocas y ceños fruncidos, presentimiento de amenazas. Sería lo mismo esta vez.

Tomás había comenzado a interrogar a la mujer; iba tomando notas en una libreta, con un lápiz mal tajado que, de tanto en tanto, se mojaba en la lengua. «Ya los tenemos encima a los terrucos», pensó Lituma. «Cualquier noche vendrán». Era también una mujer la que había denunciado la desaparición del albino: madre o esposa, nunca lo supieron. El hombre había salido a trabajar, o de trabajar, y no había llegado a su destino. Pedrito bajó al pueblo a comprar una botella de cerveza para los guardias y nunca regresó. Nadie los había visto, nadie había notado en ellos miedo, aprensión, enfermedad, antes de que se esfumaran. ¿Se los habían tragado los cerros, entonces? Después de tres semanas, el cabo Lituma y el guardia Tomás Carreño seguían tan en la luna como el primer día. Y, ahora, un tercero. La gran puta. Lituma se limpió las manos en el pantalón.

Había comenzado a llover. Los goterones estremecían la calamina del techo con unos sonidos desacompañados y muy fuertes. No eran todavía las tres de la tarde pero la tormenta había oscurecido el cielo y parecía de noche. Se oían truenos a lo lejos, retumbando en las montañas con unos ronquidos entrecortados que subían desde esas entrañas de la tierra que estos serruchos creían pobladas de toros, serpientes, cóndores y espíritus. ¿De veras los indios creen eso? Claro, mi cabo, si hasta les rezan y les ponen ofrendas ¿No ha visto los platitos de comida que les dejan en las abras de la Cordillera? Cuando le contaban esas cosas en la cantina de Dionisio o en medio de un partido de fútbol, Lituma nunca sabía si hablaban en serio o se burlaban del costeño. De rato en rato, por la abertura en una de las paredes de la choza, una viborilla amarillenta daba de picota-

zos a las nubes. ¿Se creerían los serranos que el rayo era la lagartija del cielo? Las cortinas de agua habían borrado las barracas, las mezcladoras, las aplanadoras, los jeeps y las casitas de los comuneros que asomaban entre los eucaliptos del cerro de enfrente. «Como si todos hubieran desaparecido», pensó. Los peones eran cerca de doscientos y venían de Ayacucho, de Apurímac, pero, sobre todo, de Huancayo y Concepción, en Junín, y de Pampas, en Huancavelica. De la costa, en cambio, ninguno que él supiera. Ni siquiera su adjunto era costeño. Pero, aunque nacido en Sicuani y quechua hablante, Tomás parecía un criollo. Él se había traído a Naccos al mudito Pedro Tinoco, el primer desaparecido.

Era un tipo sin recovecos el guardia Carrasco, aunque algo tristón. Se sinceraba en las noches con Lituma y sabía abrirse a la amistad. El cabo se lo dijo, a poco de llegar: «Por tu manera de ser, merecerías haber nacido en la costa. Y hasta en Piura, Tomasito». «Ya sé que viniendo de usted eso quiere decir mucho, mi cabo». Sin su compañía, la vida en estas soledades habría sido tenebrosa. Lituma suspiró. ¿Qué hacía en medio de la puna, entre serruchos hoscos y desconfiados que se mataban por la política y, para colmo, desaparecían? ¿Por qué no estaba en su tierra? Se imaginó rodeado de cervezas en el Río-Bar, entre los inconquistables, sus compinches de toda la vida, en una cálida noche piurana con estrellas, valeses y olor a cabras y algarrobos. Un arrebató de tristeza le destempló los dientes.

—Listo, mi cabo —dijo el guardia—. La señora no sabe mucho, la verdad. Y está muerta de miedo, ¿no lo nota?

—Dile que haremos lo posible para encontrarle a su marido.

Lituma ensayó una sonrisa e indicó a la india con las manos que podía irse. Ella siguió mirándolo, sin inmutarse. Era pequeñita y sin edad, de huesos frágiles, como de pájaro, y desaparecía bajo las numerosas polleras y el sombrero ro-

tosos, medio caído. Pero en su cara y en sus ojitos arrugados había algo irrompible.

—Parece que se esperaba lo de su marido, mi cabo. «Iba a pasar, tenía que pasar», dice. Pero, por supuesto, ella nunca oyó hablar de los terrucos ni de la milicia de Sendero.

Sin un movimiento de cabeza de despedida, la mujer dio media vuelta y salió a enfrentarse al aguacero. A los pocos minutos se había disuelto en la humedad plomiza, rumbo al campamento. El cabo y el guardia estuvieron un buen rato sin hablar. Por fin, la voz de su adjunto resonó en los oídos de Lituma como un pésame:

—Le voy a decir una cosa. Usted y yo no saldremos vivos de aquí. Nos tienen cercados, para qué engañarnos.

Lituma se encogió de hombros. Por lo común él se desmoralizaba y su adjunto le levantaba la moral. Hoy cambiaban los papeles.

—No te hagas mala sangre, Tomasito. Si no, cuando vengan, nos encontrarán medio locumbetas y ni defendernos podremos.

El viento hacía tintinear las calaminas del techo y las trombas de agua salpicaban el interior de la vivienda. Era una sola habitación, partida por un biombo de madera y protegida por una empalizada de costales embutidos de piedras y de tierra. A un lado estaba el puesto de la Guardia Civil, con un tablón sobre dos caballetes —el escritorio— y un baúl donde se guardaban el libro de registros y los partes del servicio. Al otro, juntos por la falta de espacio, los dos catres. Se alumbraban con lámparas de querosene y tenían una radio de pilas que, si no había desarreglos en la atmósfera, captaba Radio Nacional y Radio Junín. El cabo y el guardia pasaban tardes y noches pegados al aparato, tratando de escuchar las noticias de Lima o de Huancaayo. En el suelo de tierra apisonada había pellejos de carnero y de oveja, esteras, una cocinita, un primus, porongos, cacharros, las maletas de Lituma y Tomás y un ropero des-

fondado —la armería— donde guardaban los fusiles, las carcerinas y la metralleta. Los revólveres los llevaban siempre consigo y en las noches los ponían bajo la almohada. Sentados al pie de la descolorida imagen del Corazón de Jesús —un anuncio de Inca Cola— escucharon llover, varios minutos.

—A éstos no creo que los hayan matado, Tomasito —comentó por fin Lituma—. Se los habrán llevado, más bien, a su milicia. A lo mejor hasta los tres eran terrucos. ¿Acaso Sendero desaparece a la gente? La mata, nomás, y deja sus carteles para que se sepa.

—¿Pedrito Tinoco un terrorista? No, pues, mi cabo, eso se lo garantizo —dijo el guardia—. Quiere decir que Sendero ya está tocándonos la puerta. A nosotros los terrucos no nos van a enrolar en su milicia. Nos harán picadillo, más bien. A veces pienso si a usted y a mí no nos han mandado aquí al puro sacrificio.

—Basta de hacernos mala sangre —se incorporó Lituma—. Prepárate un café, para este tiempo de mierda. Después nos ocuparemos del fulano. ¿Cómo se llama este último?

—Demetrio Chanca, mi cabo. Capataz de barreneros.

—¿No dicen que a la tercera es la vencida? A lo mejor, gracias a éste resolvemos el misterio de los tres.

El guardia fue a descolgar las tazas de latón y a encender el primus.

—Cuando el teniente Pancorvo me dijo allá en Andahuaylas que me destinaban a este fin del mundo, pensé «Qué bien, en Naccos los terrucos acabarán contigo, Carreñito, y cuanto antes, mejor» —murmuró Tomás—. Estaba cansado de la vida. Por lo menos, eso era lo que creía, mi cabo. Pero, teniendo en cuenta el miedo que siento ahora, está visto que no me gustaría morir.

—Sólo un cojudo quiere irse antes de que le toque —afirmó Lituma—. Hay en la vida cosas bestiales, aunque no

se encuentren por esta vecindad. ¿De veras querías morir? ¿Se puede saber por qué, siendo tan joven?

—Por qué iba a ser, pues —se rió el guardia, colocando la tetera sobre la llamita rojiazul del primus. Era un muchacho flaco y huesudo, pero fortachón, con unos ojos hondos y vivos, una piel cetrina y unos dientes blancos y protuberantes, a los que, en sus noches de desvelo, Lituma veía brillar en la oscuridad de la choza.

—Tendrías penas de amor por alguna hembrita —aventuró el cabo, relamiéndose.

—Por quién va a tener uno penas de amor si no —se enterneció Tomasito—. Y, además, póngase orgulloso, ella era también piurana.

—Una paisanita —aprobó Lituma, sonriendo—. Nada menos.

A la *petite* Michèle la altura le sentaba mal —se había quejado de una presión en las sienas semejante a la que le producían esas películas de terror que le encantaban, y de un malestar general e indeterminado— pero, a pesar de ello, estaba impresionada con la desolación y la crudeza del paisaje. Albert, en cambio, se sentía magníficamente bien. Como si se hubiera pasado la vida a tres o cuatro mil metros de altura, entre esas cumbres filudas manchadas de nieve y los rebaños de llamas que, de tanto en tanto, cruzaban la trocha. El zangoloteo del viejo ómnibus era tal que a ratos parecía desmoronarse en esos baches, en esos huecos, en esas piedras que salían a desafiar su ruinosa carrocería a cada instante. Eran los únicos extranjeros, pero a sus compañeros de viaje la parejita de franceses no parecía llamarles la atención. Ni siquiera cuando los oían hablar en una lengua extranjera se volvían a mirarlos. Iban envueltos en chalinas, ponchos y uno que otro chullo, arropados para la noche ya inminente, y cargados de atados, paquetes y maletas de hojalata. Hasta gallinas cacareantes traía consi-

go una señora. Pero ni la incomodidad del asiento, ni el zamaqueo ni la apretura importaban lo más mínimo a Albert y a la *petite* Michèle.

—*Ça va mieux?* —preguntó él.

—*Oui, un peu mieux.*

Y, un momento después, la *petite* Michèle dijo en voz alta lo que Albert también pensaba: él había tenido razón, cuando discutieron en la pensión El Milagro, de Lima, sobre si hacer el viaje al Cusco por tierra o en avión. Ella se había empeñado en el avión, por los consejos del señor de la embajada, pero él insistió tanto en el ómnibus que la *petite* Michèle cedió. No lo lamentaba, al contrario. Hubiera sido una lástima perderse esto.

—Claro que hubiera sido —exclamó Albert, señalando a través del cristal estriado de la ventanilla—. ¿No es formidable?

El sol se estaba ocultando y había una suntuosa cola de pavorreal en el horizonte. Una larga meseta verdioscura, sin árboles, sin viviendas, sin gente ni animales, se extendía a su izquierda, animada por brillos acuosos, como si entre los mechones de paja amarillenta hubiera riachuelos o lagunas. A su derecha, en cambio, se levantaba una hirsuta geografía perpendicular de enhiestas rocas, abismos y quebradas.

—Así debe de ser el Tibet —murmuró la *petite* Michèle.

—Te aseguro que esto es más interesante que el Tibet —repuso Albert—. Te lo anticipé: *Le Pérou, ça vaux le Pérou!*

Delante del viejo ómnibus era ya de noche y había comenzado a enfriar. Brillaban algunas estrellas en el cielo azul añil.

—Brrr... —se encogió la *petite* Michèle—. Ahora entiendo por qué viajan todos tan abrigados. Cómo cambia el clima, en los Andes. En la mañana un calor que ahoga y, en la noche, hielo.

—Este viaje será lo más importante que nos pasará en la vida, ya verás —dijo Albert.

Alguien había prendido una radio y, luego de una cadena de tartamudeos metálicos, irrumpió una música triste, monótona.

—Charangos y quenas —reconoció Albert—. En Cusco compraremos una quena. Y aprenderemos a bailar los huaynos.

—Daremos una función de gala, allá en el colegio —fantaseó la *petite* Michèle—. *La nuit péruvienne!* Vendrá *le tout* Cognac.

—Si quieres dormir un poco, seré tu almohada —le propuso Albert.

—Nunca te he visto tan contento —le sonrió ella.

—Es el sueño de dos años —asintió él—. Ahorrando, leyendo sobre los incas y el Perú. Imaginando esto.

—Y no te has decepcionado —se rió su compañera—. Bueno, yo tampoco. Te agradezco que me animaras a venir. Creo que la coramina glucosa ha hecho su efecto. Me molesta menos la altura y respiro mejor.

Un momento después, Albert la sintió bostezar. Le pasó el brazo sobre los hombros y la hizo apoyar su cabeza en él. Al poco rato, a pesar de los barquinazos y brincos del vehículo, la *petite* Michèle dormía. Él sabía que no iba a pegar los ojos. Estaba demasiado anhelante, demasiado ávido de retenerlo todo en la memoria para recordarlo después, escribirlo en el diario que borroneaba cada noche desde que tomaron el tren en la estación de Cognac, y, más tarde, contárselo todo, con lujo de detalles y alguna que otra exageración, a los *copains*. A sus alumnos de la escuela les haría una clase con diapositivas, prestándose el proyector del padre de Michèle. *Le Pérou!* Ahí estaba: inmenso, misterioso, verdegrís, pobrísimo, riquísimo, antiguo, hermético. Era este paisaje lunar y las caras cobrizas, desabridas, de las mujeres y hombres que los rodeaban, impenetrables, la verdad. Muy diferentes de las que habían visto en Lima, caras de blancos, de negros, de mestizos, con los que, mal que mal, podían comunicarse. Pero de la

gente de la sierra lo separaba algo infranqueable. Varias veces había intentado conversar en su mal español con sus vecinos, sin el menor éxito. «No nos distancia una raza sino una cultura», le recordaba la *petite* Michèle. Éstos eran los verdaderos descendientes de los incas, no la gente de Lima; sus antepasados habían subido hasta los nidos de águila de Machu Picchu esas gigantescas piedras del santuario-fortaleza que, dentro de tres días, él y su amiga iban a recorrer.

Era de noche ya y, pese a su voluntad de seguir despierto, sintió que lo ganaba un dulce vértigo. «Si me duermo, se me va a torcer el cuello», pensó. Ocupaban el tercer asiento de la derecha y, ya hundiéndose en el sueño, Albert escuchó que el chofer se ponía a silbar. Luego, le pareció que nadaba en agua fría. Estrellas fugaces caían en la inmensidad del altiplano. Estaba feliz, aunque lamentaba que le afearan el espectáculo, como un lunar con pelos en una cara bonita, ese dolor en el cuello y la angustia por no poder apoyar la cabeza en algo blando. De pronto, lo sacudían con brusquedad.

—¿Llegamos a Andahuaylas? —preguntó, aturdido.

—No sé qué pasa —susurró, en su oído, la *petite* Michèle.

Se frotó los ojos y había cilindros de luces moviéndose dentro y fuera del ómnibus. Escuchó voces apagadas, cuchicheos, un grito que parecía un insulto, y percibió movimientos confusos por doquier. Era noche cerrada y, a través del vidrio trizado, destellaban miríadas de estrellas.

—Preguntaré al chofer qué pasa.

La *petite* Michèle no le permitió levantarse.

—¿Quiénes son? —la oyó decir—. Creí que eran soldados, pero no, mira, hay gente llorando.

Las caras aparecían y desaparecían, fugaces, en el ir y venir de las linternas. Parecían muchos. Rodeaban al ómnibus y ahora, por fin despierto, sus ojos acostumbrándose a la oscuridad, Albert advirtió que varios llevaban cubiertas

las caras con pasamontañas que sólo dejaban sus ojos al descubierto. Y esos reflejos eran armas, qué otra cosa podrían ser.

—El de la embajada tenía razón —murmuró la muchacha, temblando de pies a cabeza—. Debimos tomar el avión, no sé por qué te hice caso. ¿Adivinas quiénes son, no?

Alguien abrió la puerta del ómnibus y una corriente de aire frío les alborotó los cabellos. Entraron dos siluetas sin rostro y Alberto sintió que, por unos segundos, lo cegaban las linternas. Dieron una orden que no entendió. La repitieron, en tono más enérgico.

—No te asustes —musitó en el oído de la *petite Michèle*—. No tenemos nada que ver, somos turistas.

Todos los pasajeros se habían puesto de pie y, con las manos en la cabeza, comenzaban a bajar del ómnibus.

—No pasará nada —repitió Albert—. Somos extranjeros, les voy a explicar. Ven, bajemos.

Bajaron, confundidos con el tropel y, al salir, el viento helado les cortó la cara. Permanecieron en el montón, muy juntos, cogidos del brazo. Oían palabras sueltas, murmullos, y Albert no alcanzaba a distinguir lo que decían. Pero era castellano, no quechua, lo que hablaban.

—¿Señor, por favor? —silabeó, dirigiéndose al hombre abrigado en un poncho que estaba a su lado, y, al instante, una voz de trueno rugió: «¡Silencio!». Mejor no abrir la boca. Ya llegaría el momento de explicar quiénes eran y por qué estaban aquí. La *petite Michèle* ceñía su brazo con las dos manos y Albert notaba sus uñas a través del grueso casacón. A alguien —¿a él?— le castañeteaban los dientes.

Los que habían detenido el ómnibus apenas cambiaban palabra entre sí. Los tenían rodeados y eran muchos; veinte, treinta, tal vez más. ¿Qué esperaban? En la movедiza luz de las linternas, Albert y la *petite Michèle* descubrieron mujeres entre los asaltantes. Algunas con pasamontañas, otras